

Más allá del hielo blanco

Homenaje a Mary Shelley

Blanco fue mi nacimiento, blanca será mi muerte. ¿O tendría que decir extinción? No estoy seguro de que el concepto de muerte forme parte de mi experiencia. Ahora que lo pienso, tampoco fui nacido: en esencia, fui creado.

¿Es normal que me invadan recuerdos anteriores a mí? ¿O sucesos que están por pasar? Soy consciente de mi condición de ser extraordinario, demasiado bien me han obligado a percibirlo —y a padecerlo—. Tal vez sea esta otra de mis peculiaridades, surgida quién sabe de qué mecanismo extravagante cocinado alquímicamente entre mis fluidos. Pues lo extraordinario, aplicado a lo que soy, equivale a raro, único, insólito. En su otro sentido, excepcional, sobresaliente, prodigioso, no tengo dudas de quién lo encarna. Ella, mi creadora. Mary.

Dicen que el blanco es el color de la pureza. Mary, nombre de virgen, inmaculada la llaman. No cuadra con ella. No, hay que leer entre las palabras del legado de otra mujer, su madre: Wollstonecraft¹. El arte, la piedra, la pared.

A veces, a mi retina acuden imágenes como lienzos pintados al óleo. Intuyo que, de algún modo, en la tinta que manchó sus dedos al comenzar a construirme, en la energía con que blandió el cálamo para formar mis primeras palabras, Mary me transmitió el hálito de sus pensamientos. Y es que la pulsión del artista es tan arrolladora que es capaz de traspasar fronteras que separan no solo sensibilidades, sino también universos.

Veo la casa junto al lago. Sobre la superficie espejada del agua se reflejan blancas nubes, como blancos son los lirios que crecen en la orilla. Es un día de sol, y la

¹ Apellido de la madre de Mary Shelley. *Craft*, en inglés, arte, artesanía, habilidad. *Stone*, en el mismo idioma, piedra. «Woll» no tiene significado en inglés, pero su pronunciación es idéntica a *wall*, pared.

maciza —aunque armoniosa— estructura de Villa Diodati parece brindar una sonrisa hospitalaria a sus moradores temporales que, en ese momento, están ocupados descansando sobre la hierba. Él, su gran amor, dirige su mirada eternamente soñadora hacia las dos mujeres. Mary protege su tez pálida con una sombrilla y su hermana contempla, a su vez, a su anfitrión, el poeta libre, el único que permanece de pie. Completa el grupo el médico que, con un libro entre las manos y pasión en el semblante, va desgranando pasajes de la obra en los oídos de los presentes.

La escena es plácida, pero fugaz. O, al menos, no la llevo impresa con la fuerza de otras. De otra. Nocturno. Interior. Fuera, relámpagos cegadores, lluvia desbocada. Bajo la luz de las velas —huesos deformes de bestias ignotas—, el poeta lanza su desafío. ¡Ah, el azar! ¿Cuál habría sido mi destino sin esta tormenta, sin las horas pasadas enlazados en conversaciones sobre las manifestaciones vitales, sin los sueños pergeñados en la noche de Mary? Porque eso sí lo sé: fueron sus visiones oníricas el germen de lo que luego fui, el verdadero principio generador de mi movimiento, de mi corporeidad.

Y así surgí del blanco. Una hoja, un simple papel. Ella podría haberme arrinconado, disolverme para construir otro mundo: persiguiendo el horror de una tierra negra y devastada, los futuros trazos podrían haberse transmutado en el testimonio final del único superviviente de una atroz plaga.² O bien su imaginación hubiera querido ahondar en la maldición de la inmortalidad. Sí, digo bien, maldición, pues empiezo a sospechar que ella me ha dotado de este atributo, aunque aún no tengo claro si mi cuerpo se sobrepondrá a la corrupción o tan solo mis pensamientos heridos flotarán eternamente en el viento. No puedo escapar de algo que está implícito en mi constitución, que ella decidió —o quizás no— que formara parte de mi naturaleza. Pero ¿qué pasaría si la inmortalidad fuera fruto de una decisión consciente? ¿Y si resultara

una condición buscada y deseada? Conozco mejor a la humanidad de lo que quisiera: en lo malo, pero también en lo bueno. Yo sé del dolor de la pérdida, de la extinción de aquellos a los que amas, porque Mary también lo sabe.³ Por eso, la inmortalidad, cuando todos a tu alrededor mueren, cuando eres testigo de su irremediable partida, constituye la más terrible de las condenas.⁴

Podría haberme abortado... pero no lo hizo. «Te alegrarás de saber que ningún percance ha acompañado el comienzo de la empresa que tú contemplabas con tan malos presagios»: así comienza mi historia. Mi primera bocanada de aire, mi primer llanto. Aunque, como sucede con los infantes, yo ya había nacido, no fui *formado* hasta más adelante. En esos días suizos, Mary armó el andamiaje del relato de mi aparición en la tierra y también de mi infortunio. Deseo creer que vislumbró algo muy especial en mí, algo que la mantuvo unida a ese esbozo y que la llevó a no querer desprenderse aún de mi presencia. Y no solo eso: Mary tomó una de mis manos y entregó la otra a su compañero. Quiso compartir con su adorado amor su creación y, junto a él, terminar de dar forma a mis palabras y a mis actos. No obstante, quien piense que Percy dictaba el rumbo de su escritura está equivocado: el arte late en cada respiración de Mary, en cada parpadeo, en cada susurro.

Percy. Su vínculo brotó entre la piedra, piedra de muerte, piedra de cementerio, de sus encuentros secretos junto a la tumba de su madre. Aquella que le dio la vida, entregando la suya a cambio, también fue el vehículo de su pasión, de nuevo regalándole más vida. No soy el único que ha extraído el pulso de la existencia de entre las mortajas: comparto con mi creadora mucho más de lo que nadie alcanzaría a comprender.

² *El último hombre*, novela publicada en 1826.

³ Antes de la escritura de *Frankenstein*, Mary había dado a luz a una niña prematura que murió al poco de nacer.

⁴ *El mortal inmortal*, relato publicado en 1833.

Inglaterra les quedaba pequeña. Tengo el convencimiento de que aunque su huida fue motivada por la cerrazón del padre de Mary a aceptar los sentimientos irreprimibles de los amantes, antes o después sus pies habrían anhelado pisar otras tierras, pues una de las constantes de este tiempo es la búsqueda de lo maravilloso en lo salvaje. A través de sus viajes, Mary trazó el camino que compondría el escenario de mi propio periplo⁵. Ginebra, Chamonix, Colonia, El Havre, París...

Pero hay algo que Mary desconoce: detrás de la incansable persecución a la que someto a mi antagonista —el traicionero doctor— escondo un propósito secreto. Surgiendo tras los peñascos de los escapados picos de los Alpes, al doblar cada recodo de las empedradas calles de las viejas ciudades, espiando entre los roquedales que bordean las aguas remansadas, tengo la esperanza de encontrarme con ella. ¿Es un propósito vano? Pero dejadme que sueñe. Mary fue tan feliz en estos lugares que —espero— podría albergar el deseo de volver a caminar por estas villas y paisajes añorados⁶. ¿Por qué no pensar que nuestros senderos puedan llegar a cruzarse? Quién sabe...

Claro que, en estos viajes, no todo fueron vivencias exaltantes ni momentos de arrebatada plenitud. Puedo sentir en mis fibras, con toda claridad, el desgarró de Mary por ese suceso tan imprevisto que demolió en pedazos su generoso corazón: la muerte por ahogamiento de Percy.

Instalados junto al mar de Liguria, en la remota Villa Magni, Mary se sentía expulsada de su paraíso italiano. Lo aislado de la construcción la hacía sentirse como una prisionera en un calabozo, y no solo tuvo que enfrentarse a que su cuerpo rechazase una criatura concebida junto a Percy —otro hijo perdido—, sino que este eligió favorecer con una atención especial a otra de las moradoras de villa, Jane Williams. No

⁵ *Historia de un viaje de seis semanas*, libro de viajes publicado en 1817.

era la primera, desde luego, que, en nombre del amor libre que ambos practicaban, extendía su sombra entre Mary y Percy. Quiso la fatalidad que fuera su marido Edward el que acompañase a Percy en su último viaje: el barco en que ambos navegaban naufragó en una tormenta. Pasaron días antes de que los cuerpos lacerados por las rocas fuesen arrojados a una playa cercana.

Pobre Mary. Sí, su corazón se quebró, pero obtuvo el de Percy a cambio. Tras entregar sus restos al fuego —encendido sobre la misma arena— un amigo querido de Percy rescató el corazón de entre las llamas y se lo entregó a Mary, que ya nunca se separó de él, un tesoro que descansa, arropado en suave seda, en un cajón de su escritorio. Pero Mary se esforzó aún más para que la sustancia de su esposo no se diluyera entre el humo y las cenizas: compiló el trabajo de Percy y lo editó como regalo al mundo. Sus mágicas palabras lograron así reverberar en los oídos de las gentes como el eco de su propia voz.

No obstante, ojalá hubiera estado en mi mano devolverle a Mary una brizna del hálito que ella me otorgó, para así revivir al que fue su más íntimo compañero. Qué ironía: ella, que tuvo el poder de dotarme de mi existencia —de la cual, en estos momentos mordidos por el hielo, reniego— fue incapaz de hacer lo propio con Percy. Con gusto me cambiaría por él.

Quizá Percy no soportaría esta honda soledad mía, tan fría y tan vacía. Y aún así... A veces me visitan presencias como espectros, aunque más concretos, cuerpos que quieren materializarse pero que, al volver la vista hacia su oscilar oscuro, se disuelven en la bruma. Nunca logro capturar su carne; sin embargo, paradójicamente, conozco su identidad. Sé que la semana pasada se me apareció aquel desdichado pretendiente al trono de Inglaterra, de verdadero nombre Ricardo, cuyo carácter sublime e incapacitado

⁶ Mary escribió otro libro de viajes, *Caminatas en Alemania e Italia en 1840, 1842 y 1843*, publicado en 1844.

para el mal conduce al inevitable recuerdo del malogrado Percy.⁷ No es el único de estos visitantes al que acompaña su reminiscencia. En otras ocasiones, intuyo la silueta de un fiero amante, impetuoso, que no admite oposición a sus deseos y que, aun amando a la dulce Angeline, no puede evitar sucumbir ante la bella Faustina.⁸ Y el aliento de Percy también se percibe —como no— en un joven poeta, el alma gemela de una atormentada muchacha, depositaria involuntaria de los amores prohibidos de su propio padre.⁹ Sin embargo, es esta muchacha, Mathilda, la que impone su voz al murmullo de los dos hombres, es su narración la que guía su proceder y los conduce a través de la niebla fría. Noto el impulso de Mathilda por darle fuerza a sus palabras, porque sean escuchadas y retumben dentro de los recintos cerrados a los que se condena a aquellas que osan intentar derribar los muros.

Pues esa ha sido la lucha incansable y persistente de Mary: una y otra vez, su individualidad se ha visto cercada por las paredes construidas por otros para constreñir su libertad. Ya he mencionado al padre y su oposición a la relación de Mary con Percy. Sorprende que, siendo como era un pensador radical, preocupado por las injusticias, no estuviese dispuesto a apoyar a su hija en su elección. Pero ¿qué estoy diciendo? No resulta en absoluto sorprendente, porque Mary también fue considerada un monstruo. Como yo. Una rareza innombrable, una aberración, un reflejo contrahecho de las leyes naturales. Ella fue mi creadora, sí, aunque también es mi hermana. Ella y todas las mujeres que piensan por su cuenta, que viven desde las entrañas y que sienten, escriben, sin tolerar que nadie encarcele su pluma.

Su pecado, claro está, surgió del matrimonio previo de Percy. Mi valiente Mary no se arredró, trepó por encima de la muralla de los prejuicios y ambos despegaron en

⁷ *La suerte de Perkin Warbeck: Un romance*, novela histórica publicada en 1830.

⁸ *La prueba de amor*, relato publicado en 1834.

⁹ *Mathilda*, novela que, por su temática, no fue publicada hasta 1959. Se especula que puede contener algunos elementos autobiográficos.

su vuelo por toda Europa —en el caso de Mary, impulsado además por la lectura de los textos de su madre—. ¡Quién sabe qué fuerzas hubieran podido convocar, qué barricadas habrían demolido madre e hija, de haber vivido la primera! Aunque en la sangre de Mary bulle, sin duda, la herencia de su pensamiento, que niega el papel pasivo e inculto al que se aboca a todas sus congéneres.

Bien sabe ella de la importancia de las letras para despertar la mente. Mary lee, lee mucho. ¿Por qué será que siento que compartimos las mismas inclinaciones literarias? Es cierto que aprendí a leer a través de los libros del odioso doctor; sin embargo, cuando evoco alguno de esos párrafos —muy en especial *El paraíso perdido*, de John Milton¹⁰— es a ella a quien me remiten. Debo detenerme ahora, pues me ha invadido la duda de estar dando una impresión equivocada: por mis opiniones, podría pensarse que me estoy comparando con ella. Nada más lejos de mi intención y, para probarlo, mencionaré aquí lo que creo que constituye la mayor de sus virtudes: Mary es capaz de escribir. Esto no es algo que esté a mi alcance ni aunque pasaran un millón de años.

Y es por medio de ello que Mary toma el martillo con el que destruir las fortificaciones del desprecio a sus compañeras. Construye a sus aliadas, como Fanny Derham, que habiendo recibido de su progenitor una educación completa —hay que concederle al padre de Mary que él se la ofreció también a su hija— es una joven económicamente independiente y repleta de aspiraciones.¹¹ O Elizabeth Raby, que desafía todas las convenciones ligadas al género acompañando a su padre a la prisión donde se encuentra encarcelado y luchando por su redención.¹² Pero tal vez su cómplice más querida sea Euthanasia dei Adimari, mujer liberal e instruida que pulveriza la esfera

¹⁰ La cita que abre la novela *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818) pertenece a este poema.

¹¹ *Lodore*, novela publicada en 1835.

¹² *Falkner*, novela publicada en 1837.

de la domesticidad femenina erigiéndose en gobernadora de la ciudad de Valperga bajo las consignas de sus ideales ilustrados.¹³

No obstante, por mucho que Mary desee un mundo de justicia e igualdad y que ella misma intente regirse por estos principios, la realidad es bien distinta. Tras morir Percy volvió a Inglaterra, y aunque ya hacía tiempo que se había convertido en la flamante señora Shelley —tras enviudar este— aún tuvo que enfrentarse al recuerdo escandaloso que perduraba en algunas mentes retorcidas. Pero no le faltan amigos ni la compañía de su querido hijo Percy Florence. Eso me reconforta. Y, por supuesto, prosigue con su actividad literaria. Desde mi helada guarida estoy seguro de que seguirá empeñada en que no se apague su voz, la voz...

El silencio. No quiero hablar del silencio. Me resisto a aceptar este silencio. Afinó el oído, aquieto mi interior y escucho... Nada. Han transcurrido demasiadas jornadas desde que acallaron los susurros. No los encuentro, no la encuentro. Sé que Mary me hablaba. No, no me hablaba, ya que no esperaba mi respuesta. ¿Se puede hablar con el pensamiento? Pues eso creo que es la cadencia que siempre me ha acunado hasta en los momentos más desesperados. A pesar de mis desgracias, del rechazo constante y del miedo, nunca me he sentido abandonado. Mary estaba conmigo, jamás se alejó ni me dejó a la deriva en mi zozobranante travesía. Dentro, muy dentro, anidada en mi carne, ella me cuidaba y me guardaba —quizá sin saberlo—.

No puedo pensar en lo peor. Y, sin embargo, me es imposible evitarlo, porque es lo natural de la vida. Una vida finita, sin que nada pueda hacerse para evitar su declive. Mary, ¿es posible que te hayas ido, que tu llama se haya apagado para siempre?¹⁴ Para siempre... Últimamente, reflexiono mucho sobre este concepto. La eternidad. La inmutabilidad. Mi sospechada inmortalidad. Es posible que no sea una coincidencia que

¹³ *Valperga*, novela publicada en 1823.

¹⁴ Mary Shelley murió en 1851 a causa de un tumor cerebral.

me halle aquí ahora. El gélido frío de esta interminable vastedad puede detener la corrupción de la carne. Así sucedió con ese hombre que desenterraron en los Alpes, cuyo cuerpo quedó dormido casi doscientos años, sepultado en la nieve.¹⁵ Puede que Mary desee eso para mí, que perviva por los siglos de los siglos, llevándola en mi memoria —dicen que nadie muere del todo si todavía existe alguien que conserve su recuerdo—.

Si es así, la inmortalidad no será una carga. Nunca querría —ni podría— hacer que se desvaneciesen las imágenes que a veces me inundan. Tampoco está en mi ánimo olvidar ninguno de los trances felices o amargos por los que discurrió su vida. Tan solo me entristece una idea: que sea yo el único que pronuncie su nombre. Que ella quede cautiva conmigo en esta blanca inmensidad. Cómo me gustaría dejar atrás los hielos y volver a surcar la tierra llevando su historia —mi historia— a las manos de las gentes, transformar sus mentes en ojos para que pudiesen contemplar la recreación de nuestros avatares. Y digo nuestros porque ya jamás serían capaces separar su nombre del mío, su rememoranza de la mía. Juntos, Mary y yo, en el mundo más allá del hielo blanco.

¹⁵ *Roger Dodsworth: el inglés reanimado*, relato escrito en 1826 y publicado póstumamente en 1863.